

Campoalegre y el Huila

Nuestros Ancestros

Por Camilo Francisco Salas Ortíz
Miembro de Número
de la Academia Huilense de Historia



Resumen:

El presente artículo se ocupa de la tragedia social y económica del indígena que debió soportar el impacto de la conquista y la colonización española en el territorio del Alto Magdalena, en los actuales departamentos del Tolima y del Huila, tragedia que llegó al punto de destruir su ser cultural. Además de sufrir la ruptura de su relación armónica con la naturaleza, debió vivir como extraño en su propia tierra, pues perdió todo dominio sobre ella, quedando su espacio al pequeño y limitado territorio del resguardo.

El asombro del conquistador ante el nuevo mundo, sorprendente e incomprensible, tornó en posesión no sólo del espacio geográfico y sus riquezas naturales, sino del ser del indio. Hoy, vale recordar, que nuestros antepasados tenían valores y características singulares que deben reconocerse como parte de nuestro patrimonio social.

Palabras Clave: Ancestros, Tamas, Conquista, Nuevo mundo

No fue fácil tarea para los conquistadores recorrer, dominar y asentarse en unos territorios desconocidos, en donde la exuberancia tropical de la naturaleza les mostraba y ofrecía riquezas que no eran comunes en otro lugar de la tierra; y de otro lado, el inmenso misterio que encerraban las nuevas culturas, algunas de las cuales habían alcanzado a convertirse en imperios.

Constituyó América para el conquistador el encuentro de un universo que lo sedujo, lo embrujó, le hizo vibrar su espíritu y lo adentró en algo así como un sueño interminable en un mundo desconocido.

Todo al comienzo fue sorpresa e inquietud. Hombres venidos de la península, llenos de frustraciones y aventureros, se encontraron de pronto con un mundo que hasta entonces no existía en la mente de nadie. Y hallaron unas formas de vida que no encuadraban dentro de su pensamiento europeo.

De ahí en adelante comenzó el crepúsculo de los dioses en la América aborígen. El presagio de la destrucción iniciaba su fatídico cumplimiento. Y así, irreversiblemente, los imperios poco a poco sucumbieron hasta desaparecer.

No obstante, en ese proceso, esas culturas dejaron para la historia el testimonio de su existencia al plasmar en múltiples formas y diversas maneras, los rasgos primordiales de sus costumbres, su organización social, su música, sus danzas, sus instrumentos musicales, sus ritos, sus atuendos, su vivienda, sus festejos y en general, todos aquellos elementos que formaban parte de su modo de ser.

Lo que se llamó entonces el Nuevo Reino y todas las demás provincias, se sometió al mismo proceso de conquista y dominación, que fue descrito en forma pormenorizada por los cronistas de la época, Lucas Fernández de Piedrahita y Fray Pedro Simón. Y es precisamente uno de ellos quien ubica el tema al incluir dentro del Nuevo Reino todas las tierras del sur, desde el valle de Neiva o de Las Tristezas hasta San Bonifacio de Ibagué del Valle de las Lanzas.¹

El Entorno Natural

Se ha querido, en primer término, describir someramente el entorno natural que hallaron los españoles a su llegada a estos territorios, porque sirve para reconocer cuál era el ambiente en el que vivían nuestros ancestros.

1 SALAS ORTIZ, Camilo Francisco. Campoalegre: Una Mirada Histórica. Editorial Kimpres Ltda. Bogotá. 1995. P. 23-24.

Fueron Gonzalo Jiménez de Quesada y Sebastián de Benalcázar, hacia 1538, quienes primero arribaron al Valle de Neiva. La rudeza y los inconvenientes de los viajes, así como las fiebres a que se vieron sometidos sus hombres, determinaron, en principio, estar en medio de un entorno difícil y subyugante. Valle de las Tristezas, llamaron primero a ese lejano horizonte que parecía perderse desde Neiva en dirección del Norte, siguiendo el curso de las aguas del Río Grande de la Magdalena.

La inmensa soledad del llano, la inaccesibilidad a los bosques por el peligro que representaban las fieras y ese calor sofocante del trópico, así como el intenso frío en las altas montañas, fue la primera impresión de un entorno que en cierta forma rechazaba la presencia de aquellas gentes venidas de otra parte.

Para estos aventureros, el deseo insaciable de riqueza, así como el propósito mismo de la conquista y la dominación, les permitió, poco a poco, irse adentrando a los territorios que les exigía recorrer un largo camino antes de lograr el sometimiento absoluto. De otro lado, la fertilidad de estas tierras y su riqueza de vida vegetal y animal.

Fue un entorno natural insospechado y misterioso el que encontró a su paso el español. Su mirada se extendió también a la cordillera donde habitaban los indios rebeldes que según don Juan de Borja, era la de mayor aspereza que se conocía en todas las Indias.

Era un ambiente distinto. Montañas, arroyos y grandes despeñaderos. Esas tierras no tenían la apacibilidad del llano. Representó, quizás, uno de los más difíciles retos que debió enfrentar el español. Y allá, en lo más interno y oculto de la sierra, vivían algunos de los pueblos que se asentaron y después perecieron en estos territorios. Ese era, a simple vista, el mapa exterior que dibujaron los Cronistas de Indias sobre estas tierras de lo que hoy es Campoalegre y el Huila. Para el indio, este cuadro natural enmarcaba otro sentido.²

Se trataba del entorno con una elevada significación, si se analiza la estrecha relación que sostuvieron con la naturaleza. Retomaron de ella no solo

2 ARIAS BARRAGAN, Jairo. Tolima Grande: Tierra de la Tumba Sagrada. Ibagué, Litografía Atlas. 1990. P.1-3

sus frutos, sino que en forma continua y permanente adaptaron y utilizaron utensilios, elaboraron sus atuendos, construyeron sus propias viviendas e inspiraron el soporte básico de sus creencias, sus ritos y su manera particular de darle explicaciones a lo desconocido a través de los animales, de las aves, de los ríos, porque no hubo para ellos, no hubo otro universo que la misma naturaleza, en la que pudieron sustentar su propia visión del mundo.

Fortaleza Guerrera

Otro de los rasgos que también caracterizaron a nuestros ancestros fue su marcado y elevado sentido de la dignidad. Hasta tal punto que prefirieron caer abatidos desde la resistencia, antes que entregarse al implacable enemigo español. Obviamente, algunas provincias, desde un comienzo se aliaron al conquistador por luchas Intestinas con los indios de la sierra.

Merece resaltar, que en este proceso los grupos Pijaos y Yalcones demostraron su fortaleza guerrera, reconocida por los Cronistas de Indias. Uno de ellos afirma: “pero entre todas las naciones de que vamos tratando, la que más se ha señalado en valor y fortaleza no solamente en el Nuevo Reino pero en todas las Indias, por la ventaja que ha hecho a las más guerreras, son los Pijaos y Yalcones”³.

La vocación guerrera del Pijao y del Yalcón, se iniciaba a temprana edad cuando los niños eran adiestrados para manejar las armas, de modo que, al llegar a la juventud ya se consideraban osados guerreros. Una interesante referencia que confirma la costumbre Pijao de pintarse el rostro para ir a guerra, la presenta Salmoral en los siguientes términos: “El jefe del grupo guerrero se pintaba el rostro con franjas rojas y amarillas, colores seguramente sagrados, tenía que observar una serie de restricciones durante la acción, como no dormir con mujer, no comer sal ni ají y acostarse sin ropa alguna, rodeado de hogueras. Los combatientes acostumbraban a pintarse el cuerpo con bija”.⁴

Entre las armas del Pijao y del Yalcón, se encontraban lanzas de

3 FERNANDEZ DE PIEDRAHITA, Lucas. Noticia Historial de las Conquistas del Nuevo Reino de Granada. Bogotá. Revista Jiménez de Quesada. 1973. Vol. 1 p.53

4 LUCENA SAMORAL, Datos antropológicos sobre los Pijaos. En Revista Colombiana de Antropología. V. 12 p.377.

25 palmos, además de piedras que se arrojaban desde los lugares donde se fortificaban, así como hondas, macanas y dardos. Otro instrumento fueron las señales de humo, utilizadas cuando se trataba de convocar una reunión; asimismo, se valieron de algunos instrumentos musicales como la trompetilla, el caracol y los fotutos para comunicarse en las acciones bélicas. Sobre los guerreros Yalcones y Paeces y sus armas, Pedro Simón los describió de la siguiente manera: "... indios guerreros, todos con sus altos y descollados penachos de plumería de hermosos colores que causaban alegría al verlos desde aquellos altos, todos apercebidos de sus arcos y flechas de veneno, macanas, lanzas y dardos, toda gente robusta, suelta y bien alentada"⁵.

Además de las armas propias para la guerra, el indio complementó su acción bélica al usar en la punta de sus flechas el mortífero veneno. Los Yalcones, por ejemplo, para extractarlo capturaban sapos que encerraban en vasijas impidiéndoles comer y al cabo de varios días los amarraban de las extremidades y una mujer les golpeaba el cuerpo con pequeñas varas, de tal modo, que el sudor de estos animales iba acumulándose en una vasija dispuesta para ese fin. El líquido venenoso se convertía, entonces, en un eficaz instrumento de guerra.

Se deduce que por permanente disposición guerrera y por referencias de los mismos Cronistas de Indias, nuestros ancestros poseían una fuerte complejión física. Rasgos como estos, permiten inferir, que se trató de naciones avanzadas, profundamente arraigadas a una tierra que conocieron y dominaron hasta el punto de hacerla suya.

Su antepasado guerrero, su fortaleza física y espiritual, su independencia y jerarquía como provincias con respecto a otras, pueden justificar plenamente su rebeldía, que a la vez engrandeció a estos pueblos frente al español.

Los Tamas

Con ellos se fundaron, entre otros, los pueblos de Naranjal y Otàs, según el informe de Fray José Concepción y Vicuña, de 1775. Los Tamas, son una rama de la gran familia lingüística Tukano, que tiene en Colombia tres grandes

5 SIMON, Pedro. Noticias Historiales de las Conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales. Bogotá. Mineducacion. 1953. V.2 p. 19.

agrupaciones: la del Norte (al sur del Alto Meta y el Manacacias), la del Oriente en los límites del Brasil en el Alto Apaporis y la del Occidente que comprende innumerables tribus del Alto Caquetá y Putumayo. Los Tamas fueron el sustrato de la raza actual del campoalegruno.

“TAMA”, en Cochimi, quiere decir: HOMBRE.⁶

Primitivos Pobladores

Los misioneros de los Tamas, los agustinos, fundaron en el valle de Neiva, a El Caguán y Otás, y en el Sur, a Naranjal y La Jagua. Con relación al pueblo de Otás, el Padre Jenaro Díaz, en su obra “Proceso Histórico de Pueblos y Parroquias”, dice: “(...) es absolutamente cierto que su fundación obedeció al gran movimiento misional de los tales Agustinos y ante todo el insigne padre Romero (...)”. Concurrió a su erección, sostiene el historiador Gabino Charry, “don Fernando González de la Sota, quien señaló provisionalmente a los indígenas la extensión de sus resguardos, Juan Rojas y Calixto Arroyo quedaron constituidas como Gobernador el primero, y como Alcalde el segundo de esa parcialidad. Tres años después hizo mensura y distribución de los resguardos el capitán Blas de Valenzuela, el corregidor de naturales del partido de Páez”. Además de los agustinos, incursionaron en esta región, los Padres Jesuitas.

La Fusión de Dos Culturas

Concluido lo que se llamó la pacificación de Borja en 1610 -que no fue más que el exterminio de los indios rebeldes-, el proceso de la conquista siguió su tránsito ininterrumpido hacia lo que se denominó la Colonia, no obstante, fue el choque violento que sufrieron nuestros ancestros, obligados hasta en la forma inconsciente a adaptarse al pensamiento de otro mundo.

Adormecido su espíritu guerrero, una primera consecuencia de la conquista se vio manifiesta en la alteración de sus principales rasgos culturales. Toda su organización tribal en parcialidades, sus creencias, sus costumbres y la práctica de sus formas primarias de agricultura, fueron irremediabilmente alteradas por otros patrones que empezaron a regir.

6 RAMIREZ SENDOYA, Pbro. Pedro José. Diccionario Indio del Gran Tolima. Editorial Minerva. Bogotá. 1952. p.266.

Aun así, esa imposición cultural demoró largo tiempo para ser asimilada, porque, si bien es cierto que las estructuras se desplomaron, no hay que desconocer que, en el aspecto religioso, por ejemplo, las más antiguas creencias mantuvieron plena vigencia a través del culto secreto, aunque aparentemente fueran aceptadas las nuevas formas religiosas.

Por ello, el comentario cada vez más fortalecido en Santafé, Honda, Mariquita, Ibagué y Neiva, junto al exagerado sistema de tributación impuesto a los indígenas, así como la apropiación de tierras, la creación de las grandes haciendas, la explotación de las minas y los problemas por el dominio de las tierras, constituyeron factores decisivos para ahondar la desigualdad entre el conquistador y el nativo, que vio limitado su campo de acción hasta el punto que el desarrollo de los grupos que permanecieron, adquirió una nueva connotación.

Se agrega a todo esto la creación de los resguardos indígenas, definidos como pequeñas unidades geográficas aptas apenas para la subsistencia, en contraposición a lo que se denominó la Merced de tierras que no era otra cosa que la entrega a los españoles de grandes extensiones de terrenos baldíos -generalmente buenos-, como pago de la Corona por la dedicación y entrega al proceso de conquista y pacificación.

Adicionalmente, lo que podría llamarse ese conjunto de factores hispánicos interrelacionados y con un horizonte claro de consolidar el dominio a perpetuidad, tuvo desde el comienzo una evidente demarcación jerárquica encarnada en la autoridad que compartían en mayor o menor grado Gobernadores, Capitanes Generales, Alcaldes, Alguaciles, Corregidores, Oidores, Encomenderos y Doctrineros.

El Tributo

Unas de las medidas adoptadas por la Corona que más perjuicio causó a nuestros ancestros fueron los exagerados tributos que debían pagar a los encomenderos, al poder eclesiástico y al Rey.

La alta tributación no solo empobreció a los indígenas, sino que aceleró la desaparición de muchos de ellos, ya que esta situación los obligaba a hacer enormes esfuerzos para cumplir con sus deudas.

Sobre este compromiso, Fray Juan de Santa Gertrudis, describe el testimonio de un español que vivió en el Valle de Neiva: “...por todos aquellos llanos los indios pagan tributo al Rey en oro en polvo. Y como todos los ríos y quebradas lo tienen, salen a tiempo proporcionado los cobradores y al llegar a los pueblos despachan a los alcaldes a avisar a la gente de aquel partido. Entonces los indios toman la batea y van a la quebrada a coger el oro que han menester para pagar tributo”⁷.

En el Archivo Histórico de Ibagué, varias referencias determinan que la práctica del tributo constituía otra de las acciones de gobierno de los Cabildos locales, aún vigente a finales del siglo XVIII. Un Decreto expedido en Santafé el 1 de julio de 1782, afirmaba que no obstante haber avanzado bastante en La Colonia, la recaudación del tributo era otra acción que debía cumplirse por orden del poder central en las principales ciudades que ejercían influencias directas sobre los resguardos indígenas.⁸

Los Resguardos

Desde el comienzo de la colonización -o más bien, después que la estrategia de tala y arrasamiento emprendida por Borja diezmó los aborígenes-, la situación del aborigen en la región adquirió una nueva connotación desde el punto de vista de la posesión de la tierra.

El indio ya no hace parte de ese entorno natural descrito al comienzo. La tierra adquiere ahora un valor económico y una función productiva. Su distribución está ceñida, como ya se dijo, al español que toma posesión de las mejores tierras y al indio que es ubicado en resguardos.

En esta región, se crearon los resguardos de El Caguán, Otás y Naranjal, considerados los más grandes, ya que estas agrupaciones indígenas desde el comienzo de la Conquista se hicieron aliados de los españoles y conservaron una población numerosa, con las cuales fundaron varios pueblos.

Las tierras asignadas a los indígenas para su pervivencia se constituyeron con el tiempo en una eficaz medida económica que les permitió a los españoles disponer de mano de obra para el trabajo en las haciendas

7 SANTA GERTRUDIS, Juan de. *Maravillas de la Naturaleza*. Shering. Bogotá. 1966.p.125

8 ARCHIVO HISTORICO. Ibagué. Sección Colonia. C.7, L.6, F.34-38.

o en las minas. Pero también fueron motivo de conflicto debido al fuerte auge colonizador y a la presión permanente de los dueños de las grandes haciendas que pretendían desconocer la posesión legítima de los resguardos por parte de los indígenas.⁹

Las Haciendas

Uno de los factores determinantes del fuerte auge colonizador que se presentó en la región después de la pacificación, se debió a la alta concentración de indígenas, lo que permitió que se desarrollaran condiciones económicas y sociales muy específicas. Entre otras, se destaca la creación de las grandes haciendas alrededor de las cuales se concentró la producción. Se fortaleció el latifundio ganadero y predominaron las haciendas para el cultivo de la caña y el maíz. En medio de esta concepción aparece el indio ya ubicado en los resguardos, sin autonomía y vinculado a un proceso económico que tácitamente lo somete al trabajo de la tierra en manos del español o del poder religioso.

Con la expansión territorial española surgen haciendas importantes a lo largo de la hoya del río grande de la Magdalena, entre las que se destacan: Llano Grande, considerada como una de las más extensas que existieron en la época colonial, pues según el testimonio de un vecino llegó a medir 12 leguas. Los propietarios de estas y otras vastas extensiones de tierra en la época colonial, las recibieron como parte de herencias familiares hechas muchas de ellas con base en prerrogativas innumerables que dio la Corona española a sus antecesores, o producto del poder político, o fruto de conflictos con los indígenas, o por expropiación de hecho. Lo cierto es que a partir de las haciendas se modificó la vida rural en la región, porque algunas se dedicaron exclusivamente a la ganadería, lo que creó condiciones específicas de trabajo. Otras, a los cultivos de caña, maíz, cacao y tabaco.

La hacienda trapiche cobró especial relevancia, debido a que con la producción al por mayor de botijas de miel se surtían los mercados de Santafé, posteriormente sirvió para abastecer de materia prima el negocio de la destilación de aguardiente. El tabaco en el siglo XVIII, también adquirió un enorme valor económico, pues como lo afirman Bejarano y Pulido “por

9 AGUILERA PEÑA, Mario. El significado político y social del movimiento comunero en el Tolima y el Huila. En: Tolima. Revista dela Contraloría General del Tolima. V.1. No. 2. Ibagué. 1984. P.21.

Real Cédula del 25 de enero de 1776, se ordenó monopolizar las rentas de tabaco para los virreinos del Perú, Nueva Granada y Nueva España”.¹⁰

De otro lado, es significativo el papel de la iglesia que durante el siglo XVII logró consolidar su poderío económico en la posesión de varias haciendas. Sobre su influencia en la zona, Narzha Poveda señala: “... entre 1636 y 1738, la iglesia, representada por el convento de los Agustinos Descalzos y Recoletos de Santafé compra varias estancias de ganado mayor y otras estancias de pan coger”.¹¹

Así mismo, la Compañía de Jesús, adoptó la decisión de adquirir tierras en esta región con un marcado sentido económico que apuntaba hacia la promoción de la ganadería a gran escala para abastecer los principales mercados de Santafé, Tocaima y Mariquita. También llevaba implícito el propósito de propagar la Doctrina.

Tal actitud generó airada oposición entre los miembros más prestantes de Ibagué y Neiva, que con la presencia religiosa veían afectados sus intereses. Adicionalmente, la compra de tierras por parte los jesuitas, estaba vinculada a las disputas religiosas con la comunidad de los Dominicos que desde la conquista ejercían influencia en estas regiones.

El poder económico de la Compañía de Jesús se comprueba en la posesión de las haciendas de Villavieja y Doyma, que le pertenecieron hasta 1767, cuando fueron expulsados del Nuevo Reino. Al respecto, Aguilera dice: “Las mencionadas haciendas contaron con hatos periféricos para rotar los ganados; cada hato era como una hacienda complementaria de la principal. La hacienda Doyma en el momento de la expulsión de los Jesuitas, poseía 30 hatos en donde pastaban 20.000 cabezas de ganado; y la hacienda Villavieja para la misma ocasión, tenía 35 hatos (...) con 140.000 cabezas de ganado mayor”.¹²

10 BEJARANO, Jesús Antonio y PULIDO CH. Orlando. El Tabaco es una Economía Regional. Bogotá. Universidad Nacional. 1986. p.89.

11 POVEDA GÓMEZ, Narzha. Tierras y Conflictos Sociales en el Tolima Grande: 1538-1800 en Tolima: Revista de Contraloría General del Tolima VI. No.2 Ibagué: 18

12 AGUILERA PEÑA, Mario. Op.Cit.p.22

Dentro de este panorama rural, la población de las haciendas la conformaron varios grupos étnicos: indios, mestizos, esclavos, mulatos y blancos.

Con la hacienda se fortaleció la fusión

En las haciendas ganaderas los trabajos incluían la elaboración de aparejos, la construcción de cercas para dividir los potreros, los corrales donde se reunía el ganado, lo que se llamaron las herranzas o marca para identificar la propiedad del ganado, y paralela a esta actividad, las apartanzas, con las que se separaban los animales para cría, levante o ceba.

Alrededor de las haciendas ganaderas se desarrollaron otras formas de producción menor, como fue la cría de cerdos y gallinas que caracterizaron aún más la vida rural.

De igual manera, el caballo jugó un papel fundamental en el trabajo de las haciendas, hasta el punto que los hatos poseían sus propias yeguerizas en elevado número, pues la vasta extensión de haciendas como Llano Grande, exigía recorrer largas jornadas. En las vaquerías, por ejemplo, el caballo se convirtió en un elemento irremplazable. Con el paso del tiempo, hombre y caballo establecieron una íntima relación de convivencia que los aferró definitivamente al trabajo rural. Se volvió costumbre también el uso del sombrero elaborado con hojas de palma.

De otro lado, la presencia diversa de mano de obra libre dispuesta a vincularse al trabajo de las haciendas, influyó notablemente en el crecimiento de las mismas y en la transformación de las condiciones sociales, como lo afirma Mario Aguilera Peña.¹³

No obstante, la marcada influencia de las actividades económicas y productivas en la vida rural y urbana de la Colonia, sumadas a las profundas contradicciones sociales que se gestaron al interior de ella, se concluye que la fusión de los dos mundos se dio precisamente ahí. Además, la presencia de varios grupos étnicos en el trabajo de las haciendas y los llamados convites, produjeron, recíprocamente, una amalgama de costumbres y formas culturales enriquecidas por las experiencias individuales y las tradiciones

13 AGUILERA PEÑA, Mario. Op. Cit. p.23

de quienes llegaron desde muy lejos, con lo que podría denominarse la imposición cultural proveniente de España que modificó definitivamente todos los patrones vigentes de la estructura prehispánica que habían forjado durante siglos nuestros ancestros.

Tribus indígenas en nuestro medio

El lugar donde hoy se encuentra el hospitalario y agroindustrial municipio de Campoalegre fue asiento, desde la época de la Colonia, según se tiene la noticia, de la Nación Tama.

El padre José Concepción y Vicuña, en su informe fechado en 1775, describía así a los integrantes de la Nación Tama: “El siguiente es el tipo característico del indio de esta raza: color más bien moreno que amarillo; ojos oblicuos pequeños, negros y luminosos; estatura mediana; musculados y macizos; cabellera cerdosa que dejaban crecer sombreando las facciones; el hombre a veces de varonil atractivo”. El padre Ramírez Sendoya, complementa: “el tipo, de esta raza, todavía puede observarse en las tribus que habitan actualmente el Alto Caquetá”:¹⁴

Esta nación, integrada por indios valerosos, habitaban en chozas, distribuidos en familia y bajo la autoridad de jefes o caciques que alcanzaba ese rango y superioridad por los méritos logrados en la guerra. Cultivaban maíz, yuca, ahuyama y frijol en la parte alta. Del maíz, hacían los bollos y la chicha que, con carne, bien fuera de animal o de sus víctimas humanas, constituían su más apetecida alimentación. Usaban como condimento el ají. Las frutas preferidas eran el aguacate y la piña. Vivían casi desnudos, usando únicamente el guayuco y luciendo sobre la piel, a manera de tatuajes, pinturas extravagantes. Sobre la cabeza, llevaban un penacho de plumas de variados colores, y adornando el cuello, un collar compuesto de dientes de animal. Comerciabán entre sí y con indios de otros lugares, cambiando oro, que en esta comarca se encontraba en abundancia, especialmente en la región de Seboruco, por productos agrícolas, por sal o por objetos de barro.

A los españoles, cuando estos llegaron, les pagaron con bastante oro las baratijas que les despertaba su curiosidad o las aves de corral; también llegaron a adquirir caballos. Los naturales no tenían idea del gran valor de

14 RAMÍREZ SENDOYA, Pbro. Pedro José. Op. Cit.

ese codiciado metal. Aunque desconocían totalmente todo credo religioso, tenían instintos de piedad y conciencia de la existencia de Dios, pues adoraban el sol, la luna, las estrellas, los animales, los montes y todo cuanto consideraban una maravilla. Se respetaban sus mujeres y tenían en alto el concepto de la virginidad, del matrimonio, de la maternidad y la amistad. Una hermosa leyenda narrada por historiadores autorizados, nos cuenta que una india joven, viéndose obligada por la fuerza a satisfacer las pretensiones amorosas de un jefe español, después de haber intentado huir y una vez perdidas las esperanzas de escapar, se arrojó a un precipicio, prefiriendo así la muerte a verse deshonrada.

Amaban la libertad y tenían sistemas de gobierno que presidían sus caciques, y cuando desobedecían sus leyes y costumbres, incurrían en faltas o pecados que eran severamente castigadas con torturas atroces, y muchas veces hasta con la muerte.

La caza, la guerra y la minería eran sus constantes ocupaciones.

